

CAPITULO XV.

¡Ayes del alma!

Algunos minutos despues la desconocida se detuvo delante de una casa situada en la calle de Roterós: llamó á la puerta y esta se abrió repentinamente, como si una mano hubiera estado dispuesta á abrir al primer aldabazo, y en efecto era así. Un hombre esperaba junto á la puerta.

La desconocida cruzó un pequeño patio, á cuyo extremo nacia una escalera, y la subió precipitadamente, seguida del hombre que la habia estado esperando.

Cuando llegó á una pequeña salita modestamente adornada con algunas sillas, una papelera y otros muebles, se sentó en un almohadon que habia á la cabecera de la blanca cama dispuesta para recibirla, y apoyando su cara y sus brazos en ella en la actitud de la mas profunda desesperacion, empezó á llorar.

El hombre que la habia seguido hasta allí, como un padre cariñoso, se sintió conmovido profundamente al oír aquellos sollozos; sin embargo, era tal el respeto con que miraba á la acongojada dama, que no se atrevia á preguntarla la causa de tan amargo dolor.

«¡Azam! ¡Azam! ¡ya está libre! exclamó por fin la dama, en quien el lector habrá reconocido á la que en otras ocasiones hemos visto en la alquería de Farax, y á la que hacia poco habia abierto generosamente las puertas del Santo Oficio á Zelim-Almánzor.

—¿Qué nueva desgracia pues anubla vuestro semblante? preguntó Azam avanzando respetuosamente hácia la dama.

—¡Oh! sufro mucho. Mi corazón se despedaza al pensar que esa maldita cristiana me ha arrebatado por completo el

amor del príncipe. ¡Oh! en mal hora crucé los mares para venir á ver tan amargos desengaños.»

Este arranque del mas acerbo dolor pareció penetrar hasta el fondo del corazon del pobre Azam, que escuchaba atónito á su señora.

—Ya os decia yo que era un disparate hacer lo que hicisteis.

—¡Oh! no me recuerdes lo que en vano intento yo olvidar. Un secreto presentimiento me decia que el príncipe me engañaba cuando me juraba amor.

—Sin embargo, cuando os hacia aquellos juramentos no mentia. Este nuevo amor es muy reciente.

—Y yo, nécia de mí, no adiviné que su lenguaje era el de la ficcion, y que el agradecimiento á los favores recibidos por el padre le movian á estar galante con la hija.

—Señora, dijo Azam con aire grave y paternal, el príncipe os amaba en Fez.

—¡Oh! ¡me amaba! Si eso es asi, mi desesperacion debe ser mas profunda, mas desgarradora. ¡Qué dolor!....»

El semblante de la dama, libre del velo, se ostentaba radiante de belleza, á pesar del dolor que agitaba hasta la mas insignificante fibra de su corazon: lágrimas ardientes se deslizaban por sus mejillas, y los ojos arrojaban á veces, en medio de su lloro, miradas sombrías.

Azam, en cuyo rostro iba pintándose la emocion con colores cada vez mas funestos, viendo el profundo sentimiento de su señora y temiendo verla morir si seguia algunos minutos mas bajo la influencia de aquella pena desgarradora, se acercó, se arrodilló ante ella, y con acento profundamente afectado exclamó.

«¡Valor, señora, valor!

—Hartas pruebas tengo dadas de no ser cobarde. Acuérdate, dijo la dama, de aquella noche en que, aprovechando el sueño de mi anciano padre, me deslicé como un espíritu maligno por el jardin, que separaba mi aposento del suyo. ¿Quieres que te recuerde lo demas, para manifestarte hasta donde llegó mi valor en aquella noche de vértigo y de pasion?

—¡Señora! exclamó Azam, esforzándose en comprimir un temblor convulsivo que recorrió su cuerpo.

—¡Y todo ha sido olvidado! exclamó la dama despues de una breve pausa.

—Ese nuevo amor no echará hondas raices en su corazon. Será un capricho pasajero que luego le abandonará, y fijará otra vez sus ojos en vos; en vos que sois tan bella, en vos á quien tantos sacrificios debe.

—He ahí la causa por qué no me ama. Es cierto que valgo mas, infinitamente mas que esa débil muger de lánguida mirada y de talle flexible; pero yo no fui hipócrita, yo no le mentí, no supe mirarle á hurtadillas; le amé y le dije que le amaba, me agradó su figura y le miré de frente, y me complací en fijar mis ojos en él. Esa muger ha sabido presentarse de otra manera y ha logrado hacerle su víctima.»

Esto diciendo, la dama comenzó de nuevo á llorar amargamente. Azam volvió á temblar al notar en su señora aquella nueva reaccion del dolor que conmovió su cuerpo bajo una violenta sacudida nerviosa y que la impulsó á llevar su mano á la frente con una ira que hubiera hecho huir á cien rivales.

«¡Dios mio, cuándo acabaré de sufrir!

—Siempre lo mismo, siempre la misma desesperacion, dijo Azam con acento de dolorosa reconvencion.

—Sí, siempre. Ese es mi destino, sufrir, padecer, haber soñado una dicha, haber sacrificado por una ilusion una felicidad verdadera, un bienestar positivo; y cuando una se prometia llegar á ese cielo soñado á través de mil obstáculos, cuando una estaba á mitad de la horrible cuesta erizada de espinas y maleza, se ha presentado esa maldita cristiana, ha dejado caer un velo sombrío sobre nuestro porvenir, nos ha arrebatado nuestro bien, y le ha alejado de nosotros dejándonos heridas las manos, heridas las rodillas, herido el corazon y despedazada el alma.»

La exaltacion de la africana habia llegado á su mas alto grado; en su mirada brillaba una fiebre delirante, sus ojos parecian lanzar chispas, y el pobre Azam llegó á temer, fundada-

mente, que su señora iba á perder la razon, ó la vida acaso, si seguía algunos minutos mas entregada á su ira y á su dolor.

«¡Señora! ¡señora! dijo el inconsolable Azam, procurad mitigar vuestra amarga pena y nos volveremos á Fez.

—¡A Fez! dijo la dama sonriendo desdeñosamente.

—Sí, allí encontrareis á vuestro padre, dispuesto acaso á perdonar vuestras faltas y á recibiros en sus brazos.

—Eso, ¡jamás!.... ¡Oh! no le conoces, Azam.

—Pensad que tan luego como el príncipe se vea fuera de los muros de esta ciudad, estallará la guerra.

—Lo deseo, dijo la dama resueltamente.

—Yo tambien, si al fin ha de dar el triunfo á las armas de Zelim-Almanzor, pero temo por vos.

—¡Oh! no dudes que la victoria coronará sus esfuerzos. El apoyo que le dispensan las cortes de Africa y los recursos que ha tenido habilidad para proporcionarse, le permitirán levantar un ejército y podrá sostenerlo por mucho tiempo. Sí: triunfará y veremos levantarse un nuevo trono, á cuyo alrededor se agruparán los moriscos españoles para formar un pueblo rico y floreciente. Volverán á su patria los pobres emigrados, que hoy mendigan el pan en nuestras ciudades; volverán á brillar las artes y las letras bajo el reinado de Zelim-Almanzor, y este rey será el punto de partida de una nueva época de ventura, de gloria y de prosperidad para los árabes españoles.

—Y entre tanto, nosotros....

—Esperaremos tan grandes sucesos con mucha calma. Yo procuraré tenerla y tú tambien tendrás paciencia, ¿no es verdad, Azam?

—¡Señora!.... dijo el musulman inclinando la cabeza respetuosamente.

—Vamos á ser muy dichosos, añadió la dama sonriéndose convulsivamente.

—¡Dichosos! no comprendo, dijo Azam fijando en su señora una mirada escudriñadora.

—¿No? se apresuró á decir la dama; he querido manifestar añadió, que yo iba á ser muy feliz, porque al fin Zelim-Alman-

ZELIM-ALMANZOR.

(Lám. 3.)



JUNTA DE

hembra y Generalife
URA

zor no podrá desconocer el derecho que tengo á la mitad de ese trono que va á conquistar. •

—Olvidad esa idea , señora.

—¡Ah! dijo la dama llevándose la mano á la frente como el que quiere desterrar de su mente alguna idea funesta; no puedo olvidar esa muger..... la detesto con toda mi alma..... quisiera verla morir á mis plantas.... ¡Oh, qué horror!... me avergüenzo de mi misma crueldad.....

—Vuestra desesperacion, señora, puede conducirnos, qué se yo adónde, si no pensais en ponerle coto. Esa rabia, esos arrebatos se han marcado ya en vuestro semblante, y en este momento juraria que sois ya víctima de alguna fiebre. Vamos, tened un poco mas de valor, un poco mas de fortaleza, y confiad en el porvenir. No porque una nube negra y siniestra oculte hoy el sol, hay motivo fundado para creer que ya no volveremos á ver brillar sus dulces rayos. Sois jóven y vuestro porvenir es grande como el Occéano. ¡Valor! un poco mas de valor.

—¡Fortaleza! ¡valor! he aqui vuestras palabras favoritas, exclamó la dama sonriéndose amargamente. ¿Sabeis los hombres lo que significa esa palabra valor? En el sentido en que vosotros la conoceis yo soy mas valiente que muchos que se envanecen de serlo; pero si el valor aqui significa no sentir y no amar, confieso, Azam, que soy la muger mas cobarde del mundo; porque ¡ay! le amo demasiado y mi pobre corazon en este momento destila sangre por todos sus poros.»

La frente del musulman se cubrió de mortal palidez al oír esto, y ahogando un suspiro, exclamó:
«¡Desgraciada!

—Azam, ya lo habeis oido. He confesado mi debilidad. No soy valiente, soy débil, soy muger: dejadme sola.»

Azam, obediente como un eunuco, salió del aposento, y la dama, antes de dejarse caer en el lecho que tenia al lado, levantó los ojos al cielo, hizo un juramento horrible, y en sus labios brilló una risa satánica al moverse para pronunciar aquel juramento.

CAPITULO XVI.

A lo que obliga el amor.

Isabel se hallaba en su posento medio recostada en un rico sofá.

Su semblante pálido, profundamente pálido; sus ojos que habian perdido su ordinaria transparencia, y las lágrimas que lentamente surcaban sus mejillas, eran indicios bien claros del profundo dolor que reinaba en su corazón. En medio de su acerba pena, la noble jóven parecia complacida al ver que el médico no la molesta con vanas preguntas y al hallarse libre de la escudriñadora y sombría mirada de su hermano. Tambien la dueña acababa de abandonar el aposento de Isabel. Esta misma habia cerrado la puerta por donde la viera salir hacia media hora, y quedó sola, sola con su dolor.

Durante largo rato permaneció en el sofá sin fuerzas, al parecer, para moverse. La ventana que en frente de ella se abria sobre el jardín, dejaba penetrar los moribundos rayos de un sol que pronto iba á hundirse en el occidente, los cuales aún jugueteaban gozosos con los rubios cabellos de la acongojada jóven, que acababa de dejar caer la cabeza sobre el brazo, que se apoyaba en un mullido almohadon; y en esta actitud de la mas profunda meditacion dejó pasar largo espacio de tiempo. Parecia que su corazón hubiese perdido completamente aquel resto de valor que nos obliga á tenernos de pié en las vicisitudes de la vida.

¿Tendremos necesidad de explicar la causa de aquel dolor? Si la memoria no le es infiel al lector, recordará lo que sucedió en la plaza de los Apóstoles en ocasion en que se estaba leyendo en la catedral la famosa cédula de 4 de abril, espedida por S. M. C. el rey Carlos I; y si esto recuerda, no habrá olvi-

dado que en el momento en que Zelim-Almanzor era sujetado por los alguaciles del Santo Oficio, una muger caia desmayada en el balcon del Consejo, y que aquella desmayada era Isabel de Meneses; lo sabe ya; pero lo que no hemos tenido ocasion de decirle, de lo que no hemos hablado aun, es de la maligna sonrisa que se dibujó en los lábios de la señora Bailesa al hacerse cargo de las miradas del musulman y del desmayo de la de Meneses. «Ya veis, dijo esta señora á su amiga la Vireina, está apasionada de un moro.» Y no solo se contentó con esto, sino que aquella tarde, en el espléndido fresco que se sirvió en su casa, refirió con tono sarcástico sentimental la escena del balcon del Consejo. El conde de Montblanc supo tambien la causa del desmayo, y se puso pálido de indignacion al saberlo.

Quando los dos hermanos regresaron á la alquería, Isabel se retiró á su aposento, se encerró en él y pasó algunas horas llorando amargamente. Al siguiente dia el conde habia entrado á reconvenirla, y lo hizo de una manera tan dura y en tales términos, que la pobre huérfana sintió penetrar hasta el fondo de su corazon, cual un agudo puñal, las terribles espresiones del conde. Su amor no disminuyó en nada por esto, pues la conducta de su hermano en aquella ocasion no era el camino para lograr borrarlo de su corazon. Tambien ella hubiera deseado poder sofocar aquella pasion, ahogarla en su nacimiento; pero ¡ah! hubiera sido pedir demasiado á la pobre fragilidad humana.

Los momentos pasaban rápidamente: ya hacia mucho rato que Isabel se hallaba medio recostada en el sofá, y no parecia con fuerzas suficientes para salir de su inaccion. El sol ya no doraba los ricos muebles de su estancia, ni se resbalaba por entre sus rubios cabellos. La brisa de la noche, perfumada con las emanaciones del jardin, se deslizaba por la abierta ventana é iba á refrescar la abrasada cabeza de la jóven, en donde fermentaban las mas horribles y desconsoladoras ideas. La noche iba estendiendo por doquier su negro velo, y la naturaleza, que habia sonreido á los halagos del sol durante el dia, se disponia

á entrar triste y silenciosa en el tenebroso dominio de la noche. Ninguna estrella brillaba en el cielo : la luna no apareció tampoco en la bóveda celeste, y todo anunciaba que iba á ser aquella una de esas noches que dan frio al cuerpo y miedo al alma.

Isabel se entristeció mas cuando vió el aspecto de la noche; y aquella brisa que poco antes le habia halagado, le pareció entonces sobrado fria; atribuyámoslo á esto ó á ese malestar que siente todo ser desgraciado; lo cierto fué que la jóven abandonó el sofá y se acercó á la ventana.

En vano buscó con sus ojos, cansados de llorar, aquellas flores, aquellas plantas que tantas veces habia acariciado con sus delicadas manos; la oscuridad lo habia invadido todo, y aquel bello paisaje que rodeaba la alquería hubiera parecido una tumba si en tal ó cual punto no hubieran brillado esas luces con que la industria humana ha sabido rasgar las tinieblas de la noche.

Algunos minutos pasó la jóven contemplando el estado de la naturaleza, y era sin duda porque se hallaba en analogía con el de su corazón. Algunas nubes siniestras divagaban por la atmósfera, y también en el horizonte de su porvenir la jóven creía descubrir nubes no menos sombrías que podrian en breve traer sobre su cabeza una de esas tempestades contra las cuales no vale guarecerse en un buena chimenea, porque el rayo que suelen despedir hiere en el corazón. Pensó luego en su amante, á quien suponía en uno de los mas sombríos calabozos de la Inquisición, y se horrorizó y tembló como el árbol agitado por el viento, al pensar cuanto podia haberle sucedido en su horrible prisión. Sucédiale á la pobre huérfana lo que acontece á las almas exquisitamente sensibles, á las que un cúmulo de desgracias ha sumido en ese abismo sin luz que se llama desesperación. En su dolor recordaba como por encanto todas las cosas terribles que habia oido contar del santo tribunal, y se imaginaba ver á su amante sufriendo una de aquellas dolorosas pruebas que con frecuencia imposibilitaban al reo para poder oír la sentencia que se leía impasiblemente sobre un

cuerpo destrozado en el cuarto del tormento. Además, aquella misma tarde, el conde de Masanasa le había dicho á su hermano en voz baja al despedirse para regresar á Valencia: «Dentro de pocos dias tendremos auto de fé, y veremos arder á ese arrogante musulman que debia dar el grito de guerra en nuestro pais.» Estas funestas palabras, pronunciadas misteriosamente en el aposento inmediato al suyo, le causaron una impresion difícil de describir, y sintió despedazarse su corazón á la idea del trágico fin que aguardaba al noble mahometano.

No parecerá extraño el ver á Isabel en el estado en que la hemos vuelto á encontrar. Ninguna idea risueña, ninguna esperanza habia venido á brillar en medio de su mortal agonía; y si su hermano se habia aparecido en su cuarto, habia sido para complacerse con la idea de la horrible muerte que esperaba al desgraciado amante. Las palabras son innecesarias para manifestar el estado del alma, y no necesitó Isabel oir de boca de su hermano lo que á su vez le habia dicho el conde de Masanasa. La alegría que brillaba en su semblante, el aire de bárbara complacencia con que se presentó á preguntar á la jóven cómo seguía, le revelaron bien pronto lo satisfecho que el conde se habia quedado al oir la revelacion que acababa de hacerle su pariente el de Masanasa. Luego habia entrado su dueña. Doña Antonia, que con tanta facilidad hablaba del amor; aquella muger nacida para mediar en asuntos amorosos, apareció como una nulidad cuando se trató de prodigar consuelos. Desde que supo el suceso de la plaza de los Apóstoles, enmudeció la buena señora, y no parecia desear otra cosa que tener ocasion para dejar á la noble huérfana sola en su aposento. No sabemos si en esta conducta tendria alguna parte el cálculo ó los remordimientos, pues que indudablemente habia puesto mucho de su parte para fomentar la pasión que ardia en el pecho de Isabel. La jóven se habia quedado sola con su dolor y con su desesperacion. Su hermano no volveria á verla hasta el dia siguiente, y era muy probable que la dueña hiciese lo mismo.

Cosa horrible era para Isabel el verse amenazada por una de esas calamidades cuyos efectos se sienten toda la vida; pero

le hubiera parecido menos horrible su situación habiendo podido hacer frente á su desgracia y luchar con ella. Su desesperación habría sido menos profunda, menos intensa, si le hubiera sido dado hacer algo para evitar la muerte de su amante. La idea de precaver un mal; la esperanza de poder hacer algo, reanima el espíritu y da vigor al cuerpo; pero pensar en que nada se puede hacer para alejar la tormenta que va á caer sobre nuestra débil cabeza, estar como estaba la pobre Isabel, sola, encerrada en su aposento sin poder hacer nada ni intentar ni llevar á cabo ningun proyecto de salvación, era para ella un tormento continuado.

Entre tanto el viento se había calmado: las nubes iban deshaciéndose en pequeños grupos, como un ejército que desiste de dar una batalla y se divide en pequeñas columnas. La luna en fin, desprendiéndose de entre una masa de nubes que la habían tenido aprisionada, dejó lucir sus puños rayos, y con tibia claridad alumbró el pálido y desencajado semblante de Isabel. Todo parecía anunciar que la noche iba á quedar tranquila y que solo en su pobre corazón reinaria la tempestad por algun tiempo. Aturdida, pues, de pesadez y afectada por el nuevo aspecto que iba tomando la naturaleza, que parecía querer escarnecer su dolor, se retiró de la ventana, y acercándose ante un reclinatorio, obra preciosa, de rica madera tallada, sobre el cual se descubria en un lienzo de pequeñas proporciones una imagen de la Virgen admirablemente pintada, se dejó caer de rodillas ante la preciosa efigie, y sintiendo la necesidad de llorar, lloró frente á la que había estado siempre en su aposento como una madre protectora.

«¡Virgen mia! exclamó despues fijando sus ojos llenos de radiante fé en la santa imagen que tenia delante; tú por cuyas infinitas bondades alcanzaste tanta ventura; tú que siempre muestras el semblante cariñoso y dulce al que se dirige á tí; tú que intercedes compasiva en el cielo por todos aquellos á quienes las desgracias hacen levantar los ojos hácia tí, perdóname; perdona si otro amor diferente del que inspira la santa religion ha venido á turbar la paz de mi alma; perdona si un hombre....

enemigo del que llevaste en tu seno; ha venido á alcanzar tan grande influencia en mi corazón.»

Al acabar de pronunciar estas palabras sintió Isabel que algo faltaba á su corazón en aquellos momentos de prueba, en que el mas agudó dolor la atormentaba con toda crueldad; sintió que eran estrechas las paredes que la rodeaban para contener todo el aire que necesitaba su acongojado pecho; y recordó llorando á su madre, en cuyos brazos hubiera podido pasar la tormenta que agitaba su existencia.

Luego que se hubo tranquilizado se persignó devotamente, y al levantarse para volver á ocupar el sofá, oyó ruido de pasos en el aposento inmediato. Creyó que seria su dueña y no se alarmó; pero pronto llegó á sus oídos una voz que la hizo estremecer y que la llamaba misteriosamente.

Un religioso temor la obligó á permanecer fija é inmóvil en el mismo sitio donde habia oído el primer ruido; pero la misma voz mas conmovida volvió á pronunciar el nombre de Isabel al mismo tiempo que oyó llamar suavemente á la puerta.

«¡Dios mio! murmuró la jóven, esa voz.... parece....» Y esto diciendo la abrió temblando.

No bien habia acabado de hacer esto, cuando vio entrar por la puerta que acababa de abrir á su amante. Su palidez, su traje en desórden, sus ojos desencajados, la hicieron dudar si en efecto seria el jóven arrogante que habia visto hacia pocos dias desde la galería.

El que acababa de entrar era, como el lector habrá comprendido, Zelim-Almanzor. Arrancado al poder del Santo Oficio de la manera que hemos referido ya, su primer pensamiento fué para la noble cristiana, y no tardó en encaminarse á los muros de la ciudad á buscar un punto por donde le fuera fácil escalarlos para volar á la alquería de Montblanc, en cuyos jardines penetró despues de haber anochecido. Desde el punto donde se habia situado para contemplar á su sabor la ventana donde solia aparecer su amada, habia descubierto á la dueña que se paseaba silenciosa por el jardin, se acercó á ella y solo la perspectiva del oro que prometió darla pudo evitar el que la

buena dueña cayese en tierra al ver á su prótejido. Zelim manifestó vehementes deseos de ver á su amada, y doña Antonia le prometió dejar abierta la puertecilla por donde ella habia bajado al jardin, que era la que por una angosta escalerilla conducia al aposento inmediato al de la jóven. La dueña, pues, desapareció, y he aqui esplicada la causa de no haber entrado hacia tanto rato en la habitacion de Isabel.

El pánico terror que se vió pintado en el semblante de la jóven, indicó á Zelim la honda sorpresa que su presencia en aquel sitio y en aquella ocasion le habian causado. Su alma, supersticiosa como la de toda muger de aquella época, llegó á dudar si en efecto seria aquel que tenia delante el hombre á quien amaba, ó su sombra evocada por la oracion que acababa de hacer.

Zelim no parecia estar menos conmóvido. Su frente se veia cubierta de mortal palidez; apenas se atrevió á desplegar sus lábios cuando se vió en el gabinete de su amada; y aquel fuego que le habia impulsado á saltar los muros de la vecina ciudad para llegar á la alquería, se habia estinguido ante el cuadro tranquilo y religioso que acababa de turbar con su presencia.

—Isabel! exclamó por fin despues de algunos momentos de duda y de temor; ¿he hecho por ventura demasiado en llegar hasta aqui?

—No sé si habeis hecho bien ó mal; necesitaria estar mas tranquila para contestaros.

—Yo tambien, añadió el príncipe, quisiera estar menos agitado para deciros, hermosa cristiana, todo lo que en confuso tropel se agolpa á mi imaginacion. ¡Oh! cuanto me sucede tiene para mí las apariencias de un sueño. Decidme vos, bella Isabel, que no estoy en los calabozos del Santo Oficio; decidme que ese ruido que persigue mis oidos incesantemente no es producido por los instrumentos que los atormentadores están preparando para destrozarme mi cuerpo.

—¡Dios mio! dijo la jóven, conmovida al ver la profunda agitacion de su amante.

—Dejadme tocar un pliegue de vuestra falda; dejadme es-

trechar vuestra mano, para que mi alma pueda convencerse de que no sois una sombra, de que estoy fuera del poder de los inquisidores, y de que real y efectivamente sois Isabel, la mujer que vi en la galería y la que me habló á través de la verja en el jardín hace pocas noches.»

La voz del musulman salia temblando de sus lábios: sus ojos recorrían con sus inquietas miradas los objetos que le rodeaban, y todo en él revelaba la huella que en su alma habian dejado los amargos recuerdos del triste calabozo donde vió oscurecido su brillante porvenir y amenazada su existencia.

Isabel por su parte participaba de igual conmocion, si bien era producida por diferentes ideas. Todo lo que la sucedia en aquel momento, la misteriosa aparicion de su amante cuando acababa de orar ante la Virgen protectora, y la facilidad con que habia penetrado hasta su mismo aposento, era sobrado extraordinario para que su educacion supersticiosa no lo atribuyese todo á un poder sobre natural, y por eso sin duda su mano permanecia fria como la de una estatua entre las del musulman que la estrechaba apasionadamente como si hubiera querido comunicarle el ardor febril que sentia en la suya; por eso tambien sus ojos, fijos en los de su amante, parecian querer preguntarle á qué misteriosa influencia era debida la dicha de verle fuera del calabozo del Santo Oficio y los medios de que se habia valido para llegar hasta allí. Zelim sin embargo, atribuyendo la fria impassibilidad que acaba de notar en su amada á otra causa, se apresuró á decir:

«Isabel, perdonad mi imprudencia.»

—¡No os comprendo!

—Quiero decir, que me será fácil volverme á salir por esa puerta; y señaló la que le habia ofrecido paso.

—¡Oh! no me despedaceis el corazon, dijo la jóven, elevando sus ojos al cielo.

—Dispensad un atrevimiento para el cual no hallo otra disculpa que el amor que me habeis inspirado.

—No vengais á atormentar mi alma; bastante he sufrido en esta alquería; no aumenteis mi dolor.»

Un amargo suspiro se escapó de los labios de la noble cristiana, y una lágrima asomó á sus ojos.

Zelim, comprendiendo que sus palabras habian herido profundamente el corazon sensible de Isabel y ardiendo en deseos de enmendar el mal que creia haber causado, se arrodilló ante ella, y apoderándose nuevamente de una de sus manos, exclamó:

«¡Decidme, bella cristiana, que estoy perdonado!»

—¡Lo estais! murmuró la jóven llena de turbacion.

—Una palabra mas; añadió el musulman; quisiera oirla de vuestros labios, decidme que me amais.... Repetidme esa palabra; decidme que vuestro amor será eterno.

—¡Siempre! ¡siempre os amaré y con toda mi alma!»

—¡Si pudiéseis saber cuán feliz soy en este momento! exclamó el príncipe besando la mano de su amada con febril exaltacion.

—Os amo. Sabe Dios á cuántas desgracias abrirá camino esta palabra; pero ¡ah! mi corazon os amaré á pesar de todo.

—¡Isabell!

—Sí, añadió la cristiana; os amo, sin embargo de que este amor ha nacido como una planta maldita, sobre cuyas lozanas flores descargará el cielo sus iras.

Zelim se levantó rápidamente, como si alguna funesta idea hubiera herido su alma, ó como si algun siniestro presentimiento hubiese llamado á su corazon.

«No. recordeis cosas que puedan entristecernos; deseched vanos temores y pensemos en nuestra felicidad presente.»

—Luego vos tambien preveeis el mal y quereis encerraros en la transitoria ventura de un momento para no ver el porvenir.»

Esto diciendo, Isabel dejó caer su frente sobre sus manos en señal de profundo dolor.

«Es cierto, se apresuró á decir el príncipe, que hay una fantasma horrible que se complace en salirnos al encuentro, envuelto en negro sudario, cuando nosotros bogamos por el ancho piélagos de nuestras ilusiones; pero no es menos cierto que tambien la Providencia dispone á veces que encontremos

el bien donde creíamos hallar el mal. No hace muchas horas me hallaba yo, como vos sabeis, encerrado en un oscuro calabozo de la Inquisicion; y cuando ya habia llegado á dudar de volver á verme libre, á pesar de no haber pruebas que justificasen los delitos de que se pretendia hacerme responsable, oí que una persona abria la puerta de mi prision y una muger misteriosa penetró en ella. «Ya estás libre, me dijo.» Y en efecto, las puertas estaban abiertas para ofrecernos paso franco hasta la calle.

—¿Y esa muger?... preguntó la cristiana, por cuya frente pareció deslizarse una nube sombría.

—No sé que interés la condujo á buscar mi salvacion.

—¿Y no presumis quién podia ser?

—Iba cuidadosamente oculta bajo un velo y respeté el misterio con que se presentó en mi prision.

Isabel pareció entristecerse de nuevo, y despues una violenta reaccion tiñó ligeramente sus pálidas mejillas. La generosa accion de la muger de que acababa de hablarla su amante la recordó lo que ella debía haber hecho, y se sintió humillada.

«¿Qué teneis, hermosa mia? preguntó el enamorado musulman viendo la tristeza de su amada.

—No tengo nada... contestó la cristiana;» y luego, insistiendo en sondear el asunto de la misteriosa salvacion de su amante, añadió. «¿Con que no se os ocurre quien pueda ser esa muger?

—No pensemos mas en ella. Es inoportuno hablar de otra teniendo delante á la que mas ama mi corazon. Olvidemos lo pasado y pensemos en el porvenir. Ante todo he de haceros una importante revelacion: no tembleis al oirla. Quiero hablaros del objeto de mi venida á este pais...

—Lo sé, exclamó Isabel.

—Sabeis el objeto de mi venida; pero no sabreis que desciendo en línea recta de Zeit, el último rey que dominó en Valencia.

—¡Dios mio! murmuró Isabel, que á la verdad no podía pensar en que su amante fuese de origen régio.

—Sí, sí, continuó el príncipe; cuantas tentativas se han hecho en este país para sacudir el yugo cristiano, han sido dirigidas por individuos de mi raza; y yo, el último vástago de esa rama real que hace tres siglos volvió al Africa de donde había salido, vengo ahora á levantar el trono que derribaron los soldados de Jaime el Conquistador, para sentarme en él.

Vibró la voz del jóven príncipe al pronunciar estas palabras, las cuales produjeron en Isabel una impresion harto profunda. Hubiérase dicho que acababa de ser subyugada nuevamente; y el musulman, adivinando el efecto que su revelacion había causado en el ánimo de la cristiana, añadió:

«Ahora sabéis ya quien soy y cuales son mis proyectos. Si quereis unir vuestra suerte á la mia, seguidme á esperar el éxito de la guerra entre mis soldados.

—¡Oh! ¡eso es demasiado!.... murmuró Isabel sintiendo que su corazón se partía de dolor.

—¿Vacilais?... ¡Ah! vuestro amor es menos profundo de lo que había creído.

—¿Y si pereceis en la lucha?

—Alá protegerá mis derechos; y si sucumbo, todo un pueblo bendecirá la memoria del que vino á romper sus cadenas.

—¡Dios mío! exclamó la jóven que temblaba ante la idea de separarse de su amante.

—Está bien, dijo el príncipe con aire desdeñoso; quedaos en vuestra alquería.

—¡No os vayais aun!

—¿Pero y luego?

—¡Oh! adonde querais os seguiré, si tal es vuestra voluntad, exclamó Isabel, por cuya mente pareció cruzar una nube abrasadora que trastornó sus ideas.—Sí, añadió arrojándose á los pies del príncipe, yo seré vuestra esclava, os seguiré adonde vayais como sigue la sombra al cuerpo, pero permitidme que en nombre del amor que me habeis inspirado os suplique que desistais de vuestros guerreros proyectos.

—¡Imposible! Un pueblo que gime en la esclavitud y que

ha puesto su suerte en mis manos, confia en mí y nunca faltaré á su confianza ni defraudaré sus deseos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró la jóven con la espresion del mas profundo dolor.

—He venido resuelto, dijo el príncipe con tono solemne, á reconquistar este reino. Asi lo juré en Fez y en Argel á los reyes á quienes pedí auxilios, y asi lo he prometido á los pobres moriscos que hoy se ven privados de su religion. Cualquiera que sea el resultado de la guerra, me hallo dispuesto á enarbolar la bandera de la independenciam para que el pueblo musulman vuelva á ser dueño y señor del terreno que fertilizaron sus antepasados.

—¡Ah! ¡con que nada pueden mis súplicas en vuestro corazon!....

—¡Isabel, perdonad!... mi vida pertenece á mi pueblo. Esos hombres que hoy gimen bajo el yugo de los cristianos; esas madres que ven arrebatarles á sus hijos para hacerles recibir el agua del bautismo; esos ancianos que ven demoler las soberbias mezquitas donde se recogian á orar en otro tiempo; ese pueblo en fin que se ha visto precisado á abandonar desde su religion hasta su trage, se sublevaria contra el hombre vil y cobarde que habia venido á defraudar sus esperanzas, y le perseguiria con su ódio hasta los bordes de la tumba, para entregar despues á la posteridad su nombre odioso y maldito.

—Entonces nada me resta que decir, exclamó Isabel levantándose con aire resuelto y ahogando un hondo suspiro.

—¿Dudais aun en seguirme?....

—No: no dudo.....»

Esto diciendo, Isabel arrojó una mirada á su alrededor como si hubiera querido dar un adios á aquel aposento donde habia pasado los dias tranquilamente; y en seguida, apoderándose convulsivamente del brazo del príncipe, añadió: «¡Marchemos!»

He aquí como el amor triunfó por completo en el corazon de Isabel; he aquí como la noble jóven se dejaba arrastrar como una esclava por la pasion que ardia en su pecho, dispuesta

CAPITULO XVII.

Sufrimientos de Farax.

Aquella misma noche, á la misma hora poco mas ó menos en que Zelim-Almanzor vió abrirse la puerta de su prision para devolverle la libertad, Farax, nuestro conocido Farax, abria por la cuarta vez la ventana de su dormitorio para ver si alguno se acercaba á la alquería; pero el camino que se descubria desde la ventana en donde se dejaba ver durante algunos segundos el rostro del morisco, permanecía desierto, abandonado: ningun ser viviente se movia en él, y la impaciencia de Farax iba en aumento.

«¡Nada! ¡nada se descubre!...» esclamaba con profundo abatimiento apartándose de la ventana; ¡esa pobre muger que tanto interés se toma por el príncipe, no habrá podido lograr sus deseos!... ¡el carcelero habrá desistido!... ¡el oro de la desconocida no habrá podido triunfar del miedo que le inspiran los inquisidores!... ¡Qué rabia!...»

Pensando en esto, Farax se sentó en una arca que habia en el dormitorio. La alteración que se notaba en las desencajadas facciones del morisco revelaban las dolorosas emociones de que era víctima.

En efecto, su situación, lo mismo que la de todos sus correligionarios comprometidos por Zelim-Almanzor, iba haciéndose de cada dia mas difícil. Los cristianos habian adivinado algo al ver la actitud hostil de los moriscos y al reparar en el aire de triunfo con que solian mirarlos hacia algun tiempo. El atropello cometido en el camino de Aljiros en la persona del muy egregio conde de Montblanc, la resistencia que se oponia en algunos pueblos á entrar en las mezquitas, convertidas en iglesias cristianas, y otros varios incidentes sucedidos en tal ó

cual punto, vinieron á confirmar á los señores del consejo y al señor Virey en que los musulmanes valencianos habian soñado en su independencia al verse amenazados nuevamente, y que la persona de Carbau no era estraña á todos aquellos amagos de revolucion. Farax, que como el lector habrá comprendido, no era de esos hombres que se dejan llevar de los impulsos de su corazon, y que habia visto cómo los alguaciles del Santo Oficio prendian á su amado príncipe sin hacer nada para evitarlo, comprendió muy luego que aquella catástrofe, que él parecía mirar con ojos tranquilos, podria derribar bien pronto el castillo de sus esperanzas y las ilusiones doradas de sus comprometidos; y asi habria sucedido en efecto si no hubiera estado él por medio.

El mismo dia en que se leyó la cédula de 4 de abril, Farax regresó á su alquería despues de haber visto entrar al príncipe en la Inquisicion, y aquella tarde mas que nunca creyó oportuno el visitar á sus amigos los gefes, que habian acudido á la primera asamblea verificada en su alquería hacia algunas noches. El diplomático Farax, aunque su corazon latia profundamente agitado por la ocurrencia que acababa de tener lugar en la plaza de los Apóstoles, tuvo bastante fuerza de voluntad para presentarse tranquilo y un tanto satisfecho en las alquerías de sus camaradas; los cuales, como no se les habia ocurrido el disfrazar su dolor, se presentaban ante el recién llegado con todas las señales del mas profundo abatimiento.

«Y bien, ¿qué significa esa tristeza? les preguntó Farax.

Los moriscos, creyendo sin duda que este ignoraba el suceso, le referian la catástrofe de la plaza de los Apóstoles.

«Es una desgracia, decía el astuto Farax: es verdaderamente una calamidad hallarse sin el capitán cuando se iba á entrar en batalla, pero no por esto se ha perdido todo. Los auxilios de Argel y de Fez no nos faltarán. Los entendidos guerreros que esperan escondidos el momento de salir á organizar las turbas que se presenten en el campo, no regresarán por esto á su país; ni creo, solia añadir Farax, que vuestra gente dejará de estar preparada cuando se la llame.

Los gefes moriscos, al ver la tranquilidad de Farax y al oír la poca importancia que daba á lo que ellos creyeron motivo suficiente para que se frustraran todos sus proyectos, se tranquilizaron, y de nuevo volvió el porvenir á presentárseles risueño. Era indudable que Farax tenia la particular habilidad de presentarse como queria, y que los afectos eran para él una cosa secundaria que vivian subyugados por su razon.

Al siguiente dia de aquel en que habia visto cerrar la puerta de la Inquisicion detrás de su amado príncipe, el astuto morisco se encaminó á Valencia. Hemos dicho en otra ocasion que vestia trage completo de cristiano y que su presencia no llamaba la atencion de nadie, á no ser la de algun individuo que hubiese tenido tratos comerciales con él; pero como era hombre que negociaba con bastante dinero, y con no menos buena fé, si algun *viejo* cristiano mercader, ó traficante se acercaba á él era para saludarle afectuosamente ó para hablarle de tal ó cual negocio. Aquel dia Farax no se ocupó en las conversaciones que tuvo con sus conocidos del precio de los granos ni de la cosecha de seda, y manifestó solo deseos de saber lo que se decia del musulman que habia sido preso el dia anterior en la plaza de los Apóstoles. «Se dice, le contestó un droguero de la plaza del Mercado, en cuya casa habia entrado, que es hombre de importancia, y que la Inquisicion no tardará en hacer con él un castigo ejemplar. Yo creo para mí, añadió el droguero, que atendidas las circunstancias presentes y teniendo en cuenta los deseos que tenemos todos de ver un auto de fé, el preso será sentenciado á la hoguera. Los señores inquisidores no querrán defraudar las esperanzas del pueblo valenciano. Si llega ese caso, como espero, á pesar de los compromisos que median ya, contad con una silla en mi balcon, señor Farax.—Asistiré á la fiesta, contestó el morisco,» esforzándose en aparecer tranquilo.

No solo en la drogueria oyó Farax hablar del trágico fin que amenazaba al desgraciado príncipe; tambien en la tienda de un pañero oyó decir á un señor que se titulaba familiar del Santo Oficio, que los inquisidores estaban convencidos de que

el preso del día anterior era persona de importancia, que había venido á sublevar á sus correligionarios, y que por lo tanto no dudaba que habria *auto de fé*.

Después de oír esto Farax no quiso saber más, y con el corazón despedazado de dolor y con la cabeza llena de los más sombríos pensamientos, regresó á su alquería á esperar que llegara la noche para montar á caballo y correr á Tales: á este punto había ido Ajem á tranquilizar á los que escondidos allí esperaban la hora de salir á campaña. Farax estaba dispuesto, en vista de lo grave que se iba poniendo la situación del príncipe, á reunir la gente que le fuera posible, penetrar en Valencia y salvarle en el momento en que fuese conducido á la hoguera inquisitorial. No se le ocultaba que aquel desesperado proyecto podía dar otro resultado que la salvación de Zelim-Almanzor, pero el morisco no retrocedía por esto; porque hombre de corazón y resuelto, se hallaba decidido á beber hasta las heces el amargo cáliz de la abnegación.

Día terrible fue aquel en que Farax, después de una lucha muda y desesperada, sintió triunfar en su corazón el desinteresado cariño que le había inspirado el príncipe, y pareció disponerse á doblar la frente ante el destino, que por entonces se mostraba contrario á todas las esperanzas concebidas por el morisco. En aquella serie de acontecimientos, en los que parecía andar mezclada la más ciega fatalidad, había una cosa para él que absorbía todos sus pensamientos, que hacía latir su corazón, y que con frecuencia ofuscaba su juicio; esta cosa santa, grande y noble, era la salvación, la vida de Zelim-Almanzor. «¡Oh, salvémosle! había dicho, y algún día tornaremos á organizar una nueva conspiración y volveremos á surcar los mares para dar la libertad á nuestros correligionarios.» Hecha esta resolución, Farax esperó que la noche avanzase para ir á Tales á comunicar su último plan á Ajem, Sachfan, Josuf y Aben Rafi, que se hallaban en este pueblo, como hemos dicho, aguardando el momento de salir al campo de batalla. La luna se había dejado ver en la celeste bóveda, y la noche iba avanzando con su silencio y sus sombras; cuando Farax,

que acababa de sacar su caballo de la cuadra, despues de haber acariciado al del príncipe que relinchó como si preguntará por su amo, vió acercarse á la alquería á un hombre que se detuvo á algunos pasos de ella al ver que no estaba solo como habia sin duda creido.

El otro personaje que habia alarmado al que se acercaba á la alquería, era el criado de Farax, aquel que en otra ocasion vimos tomar parte en el suceso del camino de Aljiros cuando fue atropellado el conde de Montblanc. Su amo le hizo una seña para que se entrara en la alquería, y el desconocido, que venia embocado en un alquicel, se acercó á Farax. Este le reconoció bien pronto.

Era el criado de la recomendada de Melech, el cual le dió una carta. Farax la abrió y la leyó con ansiedad. Decia lo siguiente.

» Hay una persona que se ha propuesto salvar al príncipe y tiene motivos para creer que lo logrará. Participadlo asi á sus partidarios y esperad algunos días.

Difficil es describir la alegría que iluminó el semblante de Farax y la tranquilidad con que respiró despues.

Azam no pareció conmoverse al ver el efecto que la carta de que habia sido portador acababa de producir en el morisco, y en vez de esperar algunos momentos para complacerse en la satisfaccion que acababa de causar, se despidió de Farax para regresar á Valencia, en donde temia no poder entrar por lo avanzado de la tarde.

Escusado es el decir que Farax desistió de su proyectado viaje y que pasó la noche recreándose con la idea del triunfo; sin embargo, su satisfaccion no era completa: mucho se habia tranquilizado su alma despues que habia leído la carta de la recomendada de Melech, pero todo esto no le satisfacía tan completamente como él hubiera deseado. La calma habia sucedido á la tempestad, pero aun se descubrian algunas nubes en el horizonte.

El siguiente dia lo pasó esperando ver aparecer al príncipe en su alquería; llegó la noche y ni él ni tampoco Azam habian

idó á decirle nada á su corazón, y el morisco comenzó á sospechar algo de funesto. Sin embargo, ningún motivo fundado tenía para dudar, pues la misma muger que le habia avisado de los proyectos de salvacion, le habria indudablemente comunicado, por el mismo conducto, cualquier contratiempo. Esta juiciosa reflexion le permitió esperar tranquilamente que luciese el cuarto dia. Muy temprano era cuando no pudiendo permanecer en la alquería á causa de su creciente impaciencia, se dirigió al siguiente dia hácia Valencia, deseoso de saber algo del príncipe. En el camino quiso la Providencia que encontrara á Azam, el cual impasible y silencioso se acercó á él y le dió un pape-lito, en el que se leían estas palabras trazadas con caracteres árabes.

«Para esta noche está todo dispuesto. Esperadle en vuestra alquería.»

Farax, no pudiendo ocultar su alegría, elevó sus ojos al cielo y exclamó con la más profunda emocion:

«¡Dios mio! haced que le volvamos á ver entre nosotros.»

En seguida, Azam y Farax se separaron, tomando direcciones opuestas. Azam regresó á la ciudad y Farax no dudó un momento en volver á su alquería.

Apenas llegó á ella mandó á su criado que montase en su caballo, y mientras este le sacaba de la cuadra y le ponía la brida, escribió estas líneas á su amigo Ajem.

«Una persona que hoy guarda un rigoroso incógnito, y que á algún dia sabremos quién es, se ha propuesto arrancar al príncipe del poder del Santo Oficio, y tiene fundados motivos para creer que lo logrará; si sus esperanzas se frustraran, lo cual sabré esta misma noche, mañana estaria entre vosotros para proponeros el único medio que en tal conflicto nos quedaria para impedir que nuestro amado príncipe fuese á la hoguera inquisitorial.»

«Ea, exclamó Farax entregando la carta á su criado; monta á caballo, y que esta misma noche llegue á manos de Ajem.»

El criado la tomó, la guardó en el pecho, y comprendiendo

lo importante del asunto de que se trataba, montó á caballo y partió á galopé.

Esto habia sucedido á las diez de la mañana, y el resto del dia lo pasó el morisco contando las horas, los minutos y los instantes. Aquel dia le pareció largo y eterno como un siglo; luego vió con satisfaccion como el sol iba dejando de alumbrar la tierra y como la oscuridad se iba acercando lentamente.

La noche, la deseada noche habia llegado, y Zelím no parecia. ¡Qué horribles pensamientos atormentaron el alma del pobre Farax! Sentábase á veces en ademan de estar sumido en la mas negra desesperacion; otras se levantaba bruscamente como un hombre que acaba de perder el juicio, y apretándose la cabeza con las dos manos pronunciaba palabras inconexas, y lanzaba ayes agudos y dolorosos capaces de conmover á una roca. Sus ojos se inyectaban ya en sangre, y brillaba en ellos el fuego de la fiebre; el dolor habia alterado sus facciones, y las lágrimas rodaban por sus mejillas abrasadas por el fuego de la desesperacion.

En el momento en que hicimos penetrar al lector en el dormitorio de Farax, desde cuya ventana creia ver á cada momento llegar al príncipe, habia cesado su exaltacion para ser reemplazada por el mas profundo abatimiento.

Largo rato permaneció sentado en el arca, en donde se habia dejado caer, sin fuerzas para tenerse de pié, cuando quiso Dios que llegase á sus oidos el silbido tanto tiempo no oido con que Zelím anunciaba su llegada.

Temible es el dolor cuando llega á su último grado, pero no es menos temible la alegría cuando se presenta de improviso á conmover hasta las últimas fibras del corazón. Farax oyó temblando la señal del príncipe: la sangre se agolpó á sus arterias y á su corazón, y durante algunos minutos luchó por levantarse del sitio donde estaba. Por fin logró dominar su profunda emocion, y salió á recibir al príncipe.

Abrió la puerta de la alquería y entró en ella Zelím-Almanzor. Una muger venia á su lado.

«¡Oh! Mi felicidad es completa; veros á los dos juntos es mas de lo que yo deseaba.»

Farax, como comprenderá el lector, partía de un error, pues creía que la muger que venía al lado del príncipe era la recomendada de Melech, pero luego notó su equivocacion cuando acercándose todos hácia la mesilla donde ardia un velon pudo ver que la dama en cuestion era la hermana del conde de Montblanc.

«Y bien, querido Farax, dijo el príncipe; ¿qué es de Ajem? ¿cómo os vuelvo á encontrar?...»

—Todo marcha bien. Tu presencia animará á los que dudaban de que pudiera llevarse adelanté nuestro plan.

—¿Y mis capitanes?

—Esperan en Tales, dónde tambien se halla Ajem.

—Es preciso, dijo el príncipe, que esta misma noche partamos para ese punto. Ensilad los caballos.

—Señor, sólo hay uno en la cuadra. Mi criado ha marchado hoy á Tales montado en el mió.

—En ese caso aparejad á Javel de manera que puedan ir dos en él.»

El morisco obedeció sin replicar, y tuvo buen cuidado en dejar pronto al príncipe y á su amada para que no descubriesen en su semblante señales de disgusto.

«¿Qué teneis, hermosa Isabel? preguntó Zelim viendo que una lágrima se descubria en sus ojos.

—Nada..... contestó la cristiana.

—¿Os pesa el haberme seguido?

—No: pero siento el ver que mi presencia ha causado disgusto á ése morisco.

—¡Vana aprension!

—No soy yo la muger que él esperaba, y esto claramente indica!... ¡Oh! ¡no me atrevo á decirlo!...

—¡No os comprendo!

—Queréis que os lo diga! pues bien, os lo diré como lo siento: creo que tengo una rival.»

El príncipe se ruborizó y tembló como si lo hubieran descubierto un secreto cuidadosamente guardado.

«¡ Isabel! dijo despues de un momento de pausa ; vos sola sois la reina de mi corazon , como algun dia sereis la reina de mi pueblo.»

Media hora despues, Farax cerraba la puerta de su alquería para seguir á Zelim-Almanzor; que llevaba á grupa de su caballo Javel á Isabel de Meneses.

El morisco no podia hacer mas para probar su adhesion y fidelidad al príncipe, que seguirle cuando iba á su lado la muger en quien él, lo mismo que Ajem, creia ver el origen de la prisión de Zelim-Almanzor y la causa de sucesivas y mayores desgracias. Sin embargo , Farax no desplegó sus lábios, pero tampoco dió, durante el camino, muestras de disgusto.

... y cuando se vio que el príncipe iba á salir de la ciudad, se apresuró á irse con él, y se puso á andar á su lado, como si nada le importara. Pero cuando se vio que el príncipe iba á salir de la ciudad, se apresuró á irse con él, y se puso á andar á su lado, como si nada le importara.

... y cuando se vio que el príncipe iba á salir de la ciudad, se apresuró á irse con él, y se puso á andar á su lado, como si nada le importara. Pero cuando se vio que el príncipe iba á salir de la ciudad, se apresuró á irse con él, y se puso á andar á su lado, como si nada le importara.

los 207 ; sangre de claridad en el campo de la vida
 en el interior del campo de la vida

no se es **CAPITULO XVIII**

La Sierra de Espadán

Si alguna vez, lector, al visitar el reino de Valencia has recorrido la cordillera de montes llamada la Sierra de Espadán, habrás sentido, estamos seguros, una triste melancolía contemplando las peladas crestas de aquellas inmensas moles de piedra que por un lado saludan altivas al Mediterráneo y por otro se pierden en los confines de Aragon. Con frecuencia, lector viajero, habrás detenido tu paso para mirar los valles incultos que interrumpen la monotonía del terreno, y de los cuales parece haber huido el labrador como de una tierra ingrata.

En aquellos sitios agrestes habrás encontrado cierta poesía que pasa desapercibida para el rudo habitante del país, y que sorprende al que pone allí su pié por la vez primera. La naturaleza se ha mostrado poco generosa en aquellas comarcas, pero la Providencia permite ver al través de la magestuosa sublimidad del paisaje la grandeza de la creacion.

En los tristes dias del invierno, el agudo silbido del viento que combate desapiadamente los gigantescos pinos y las centenarias encinas, obliga al que habita en aquellas soledades á buscar un refugio en su pobre choza. Las familias, presididas por el mas anciano, se agrupan á los pies de alguna santa imagen, y ruegan á Dios en fervorosa oracion por sus cosechas amenazadas por la tempestad. He aqui uno de los cuadros que suele ofrecer el invierno en el país de que nos vamos ocupando, pero luego llega la primavera que hace reverdecer con sus halagos el monte y las llanuras : los trigos, robustecidos por el sol, crecen ufanos: la brisa murmura mansamente agitando los espesos matorrales: el pastor conduce su ganado á buscar la menuda yerba, que ha crecido favorecida por las recientes llu-

vias, y se deja oír también el suave murmullo del agua que pasa lamiendo la base de aquellos gigantes de piedra, cuyas cabezas de granito interrumpen más de una vez el curso de las nubes.

El terreno en general es árido é improductivo; y la soledad, esa funesta enemiga del hombre, oprime el corazón con su silencio de muerte. Sin embargo, se encuentran á veces amenos panoramas, puntos de vista deliciosos, que hacen olvidar el pánico terror que nos ha producido el barranco sombrío que acabamos de cruzar pegados á nuestro guía; y más que para cobrar aliento, nos detenemos á admirar el nuevo cuadro que se descubre desde la empinada montaña adonde hemos llegado. Hace poco era una masía lo que ha llamado nuestra atención, y ahora nos hallamos frente á un caserío, que revela la pobreza del país. A lo lejos se ven reverdecer campos inmensos de trigo raquíuticos, y en medio de aquel mar de verdura se levanta una humilde casa cubierta de bálago; mas allá se ven los establos en donde los moros, dueños de aquellas comarcas durante muchos siglos, solían encerrar sus vacas y sus ganados de lana. La hacienda mejor cultivada enseña hoy, lo mismo que entonces, algún campo plantado de legumbres y tal ó cual árbol que da su fruto en el otoño. Un álamo de colosales proporciones suele elevarse frente á aquellas pobres viviendas, y á su sombra juegan media docena de chicuelos medio desnudos que, al través de sus ojos negros y de su dorado cutis, dejan adivinar la raza africana de donde descienden. La naturaleza se presenta en aquellas sierras en un estado enteramente primitivo. La mano del hombre nada ha hecho en muchos siglos para embellecer aquellas viviendas humanas, levantadas no se sabe por quién ni en qué época, pero que siempre se han sostenido en un estado ruinoso, como si la Providencia hubiese velado por ellas. El aspecto que ofrece el país es el mismo hoy, casi puede asegurarse, que el que debía ofrecer hace trescientos años, en la época en que tenían lugar los acontecimientos que vamos narrando.

Las masías y haciendas de la Sierra de Espadan pertenecían

desde la conquista á varios nobles que, convencidos de la aridez del terreno de que eran señores, las habian dejado á los musulmanes mediante un corto cánon que estos les pagaban anualmente en reconocimiento del dominio directo que pertenecía á aquellos señores territoriales. Los cristianos no habian querido penetrar en tales fragosidades despues de la gloriosa conquista del reino valenciano, y los musulmanes siguieron viviendo en ellas. Aquel pais no podia tener atractivo sino era para los que habian nacido en él, y merced al abandono con que fue mirado por los nuevos señores de Valencia, pudieron sus habitantes conservar en toda su pureza las primitivas costumbres, sus hábitos y sus tradiciones. Eran sóbrios, fuertes, vengativos, y odiaban instintivamente el nombre cristiano. Si alguno de estos, huyendo de la justicia, llegaba á internarse en sus montañas, no tardaba en ser asesinado, y la muerte de estos desgraciados era celebrada entre ellos con bárbara alegría. No salian nunca de su pais mas que para comprar comestibles en los mercados de los pueblos inmediatos, adonde llevaban á vender sus ganados, sus lanas y sus trigos.

En aquellas escursiones que la necesidad de proveerse de lo que necesitaban les obligaba á hacer á los pueblos cristianos, habian oido hablar de las nuevas persecuciones de que iban á ser objeto sus correligionarios del reino. Por lo que á ellos hacia no tenian ningun cuidado, pensando en que tampoco en aquella ocasion se acordarian de los pobres habitantes de Espadan.

Las noticias llegaban á sus oidos cada dia mas alarmantes, hasta que por fin oyeron decir que el emperador Carlos V queria obligar á todos los musulmanes á que abrazasen el cristianismo; además supieron que habia aprobado las violentas conversiones mandadas hacer por los agermanados hacia algunos años. Entonces comenzaron á temer por su religion, la creyeron amenazada hasta en sus mismas montañas, y pensaron en que habia llegado el caso de apelar á la guerra y romper con sus intolerantes dominadores.

¡La guerra! ¿Qué atractivos podia tener para ellos el es-

pectáculo de las batallas, el choque de las armas, y el campo manchado en sangre humana? ¿Por qué se alegraban aquellos pobres montañeses á la idea de la próxima guerra? ¿Ignoraban acaso que ella es el azote mas terrible de todos, que su aliento devastador alcanza á todo, y que difícilmente podrian salvar aquel ganado que forma toda su fortuna y aquel miserable hogar donde encuentran de noche todas sus delicias al lado de la familia? Bien lo sabian: no se les ocultaba todo lo que de horrible tiene la guerra, y sin embargo, sus frentes tostadas por el sol y arrugadas por el dolor se levantan altivas, y la sed de venganza, que formaba el gran placer de aquellos musulmanes que conservaban todos los instintos sanguinarios de la raza á que pertenecian, brillaba en sus ojos.

La paz habia venido á ser aborrecida por todos; lo mismo la odiaba el rico ganadero que el pobre pastor; estaban igualmente cansados de ella en el monte y en la llanura, como hemos tenido ya ocasion de ver; y no podia menos de suceder esto, porque merced á su influjo habia llegado á ser la esclavitud en que gemian los musulmanes valencianos el duro dogal que amenazaba durante algunos siglos sus pobres existencias. La paz les habia puesto á merced de sus contrarios completamente; se habian entregado á ellos atados de pies y manos, y en esta actitud humillante aquellos infelices habian clamado solo por su religion. Al pronto se les dejó vivir con ella, se respetaron sus mezquitas, y se les permitió vestir sus trages tradicionales; pero esto no duró mucho tiempo. Despues de la conquista de Granada, y luego que se estableció el tribunal de la Inquisicion, comprendieron los musulmanes valencianos que muy pronto serian exploradas sus conciencias y obligados á convertirse. Entonces fue cuando pensaron en la guerra, pero les faltaban gefes experimentados en ella que pudieran organizar sus fuerzas y auxilios exteriores que permitieran sostenerla por algun tiempo; y como no pudieron contar con esto, se resignaron á sufrir su dura suerte confiando en el porvenir. Sus agentes trabajaron en Fez, en Argel y en Túnez, y la casualidad hizo que Ajem encontrase á Carbau, capitan de las galeras de

Soliman, soldado esforzado y descendiente de los reyes moros de Valencia. La noticia de este suceso atravesó el Mediterráneo, cundió como una chispa eléctrica por el reino valenciano, y llegó á los oídos de los pobres habitantes de Espadan. El encuentro de este príncipe, que los musulmanes y moriscos creyeron providencial, coincidió con las nuevas escitaciones mandadas hacer por el Emperador para lograr la completa conversión de los musulmanes valencianos. Un año mas de paz, un año mas de desaliento y postración, y todo estaba acabado; pero esto no podía ya suceder, porque Carbau habia desembarcado, seguido de gefes experimentados, y los gritos de guerra iban á resonar bien pronto en el monte y en la llanura.

Apenas los habitantes de Espadan supieron que el príncipe descendiente de Zeit habia llegado á Valencia, donde reinaron sus antepasados, comenzaron tambien á conspirar. El pais no podía ser mas á propósito ni podía haber otro que ofreciese mas seguridades á los conspiradores. Reuniéronse en las haciendas de los mas influyentes para saber con cuanta gente podria contarse, y no se olvidaron de mandar comisiones que fuesen á entenderse con los que conspiraban ya en los pueblos inmediatos á Valencia y en las alquerías que se alzaban á la vista de la misma ciudad.

Ajem recibió á una de aquellas comisiones en la de Farax, y se complació al ver el aire resuelto y decidido de los tres comisionados que, en nombre de los musulmanes de Espadan, acudían á ofrecer su adhesión al futuro rey. El docto Ajem, comprendiendo cuán grato seria á los comisionados el poderle ver, les acompañó hasta la barraca en donde esperaba el príncipe la llegada de algunos otros comisionados, y pocas palabras necesitó este para conquistarse la adoración de los indómitos montañeses. Allí supieron que el príncipe habia recibido el nombre de Zelim-Almanzor, por los gloriosos recuerdos que este nombre traía á la memoria de los árabes españoles. Los comisionados regresaron á Espadan á comunicar á sus convecinos las emociones que ellos habian experimentado, y sus palabras fueron escuchadas con indecible satisfacción.

Entre tanto habia llegado la deliciosa primavera, y las brisas, impregnadas con las suaves y perfumadas emanaciones de los jardines valencianos, se deslizaban hasta las ásperas montañas que pronto iban á ser teatro de una guerra sangrienta. Los sóbrios habitantes del país recordaron su dominacion pasada, pensaron en los gozes desconocidos que podrian encontrar en la bella ciudad del Turia, y la idea de la guerra comenzó á dominarles tan exclusivamente, que llegaron á olvidar sus faenas y á no cuidarse de sus familias ni de sus ganados. Jamás habia reinado una agitacion y un entusiasmo parecidos al que ardía en sus pechos.

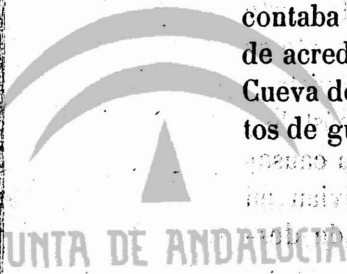
Zelim-Almanzor era el objeto de sus conversaciones, y pronunciaban su nombre con religioso acento. Zelim-Almanzor era para aquellos fanáticos montañeses, ignorantes y preocupados; no un caudillo salido de las abrasadas arenas de Africa, sino un ser providencial encargado de hacer triunfar el estandarte de la media luna. En los momentos en que mas anchamente se entregaban á sus gratas emociones, soñando en la conquista y en el botin, supieron la catástrofe de la plaza de los Apóstoles. Este desgraciado suceso, que tan honda impresion habia causado entre los partidarios de Zelim, espantó á los que vivian en Espadan, y se vieron en sus rostros señales marcadas de desaliento y terror.

¡Qué reaccion! ¡qué entusiasmo volvió á reinar por todas partes cuando se supo la misteriosa evasion del príncipe! ¡Qué rayo de alegría iluminó los semblantes de los que habian dudado de todo en Espadan, al saber que Zelim-Almanzor estaba en poder del Santo Oficio! «¡La guerra! ¡la guerra!» gritaron todos por montes y valles, disponiéndose á hacerla de la manera mas dura y cruel que les dictara su ódio.

Jamás estímulos mas poderosos lanzaron á ningun pueblo á la pelea. Trataban de defender los dos objetos mas caros y mas queridos del género humano: la familia y la religion. Por tan sagradas causas no teme el hombre, cualquiera que sea su condicion y cualquiera el lugar que ocupe en la tierra, el sacrificar su vida; porque sin esos dos lazos que le unen á

Dios y á la tierra, al Creador y á la creacion; consideraria la existencia como una carga dura y pesada.

Zelim-Almanzor, luego que le vimos abandonar los alrededores de Valencia, penetró en las fragosidades de Espadan, deseoso de dar el grito de guerra en aquellas montañas, é impulsado por el recuerdo del sueño misterioso que habia tenido en el calabozo del Santo Oficio. Los musulmanes del pais salieron á su encuentro para acompañarle en su escursion, y le rodearon llenos de respetuosa alegría. Preguntóles sobre el estado del pais, y sus preguntas obtuvieron satisfactorias contestaciones por lo que hacia al ánsia de verse frente á los cristianos en el campo de batalla. La venganza ardia en sus corazonces, y la sed de sangre saltaba por cima del respeto que les inspiraba Zelim-Almanzor. Los deseos que este manifestó de tener una asamblea para comunicarles los elementos con que contaba para llevar á cabo sus proyectos de conquista, acabó de acreditarle á los ojos de sus partidarios de Espadan, y la Cueva del Lobo fue el punto designado para tratar de los asuntos de guerra.



PC Monumental de la Alhambra y Generalife
CONSEJERIA DE CULTURA

... de los asuntos de guerra. Los deseos que este manifestó de tener una asamblea para comunicarles los elementos con que contaba para llevar á cabo sus proyectos de conquista, acabó de acreditarle á los ojos de sus partidarios de Espadan, y la Cueva del Lobo fue el punto designado para tratar de los asuntos de guerra.

CAPÍTULO XIX.

De lo que sucedió en la Cueva del Lobo.

Era aquella una verdadera noche de primavera; y ninguna nube envidiosa intentaba ocultar con sus crespones el astro que despedía sus rayos desde la celeste bóveda en donde brillaban multitud de estrellas. Reinaba un silencio profundo en aquellas soledades. Este silencio era interrumpido á veces por el canto de algun montañés que con su arcabuz al hombro acudia á la Cueva del Lobo, ó por la brisa que agitaba el ramaje de los elevados pinos y la hojarasca de los matorrales.

Una larga cordillera de montes se elevaba sobre el ancho agujero que servia de entrada á la Cueva del Lobo; lugar elegido por Zelim-Almanzor para hablar á sus partidarios, y frente á la misteriosa cueva se extendía un pequeño valle. Contaban los habitantes del pais que aquella esplanada habia producido abundantes cosechas en otros tiempos; pero los ruidos oídos en diferentes ocasiones en el interior de la cueva y los dramas terribles de que habia sido teatro en algunas épocas, obligaron al labrador á huir de allí con su arado, temiendo ver asomar por ella á algun ser maléfico. Este terror, este miedo supersticioso nacido en la soledad y alimentado en el rincón de las chimeneas, en épocas de paz, desapareció del corazón de los musulmanes de Espadan cuando oyeron resonar los gritos de guerra. Un mes antes nadie se hubiera atrevido á dirigir sus pasos á la Cueva del Lobo, y cuando Zelim-Almanzor la designó para dejar oír su voz, nadie pensó en faltar á la cita.

Desde muy temprano se vieron venir por diferentes caminos grupos de montañeses armados, que descendiendo de las alturas inmediatas al valle, acudian llenos de fé y entusiasmo á oír la voz mágica y seductora del noble Zelim-Almanzor.

El aspecto que ofrecia el valle, y el cuadro que entre sombras se descubria en el interior de la cueva, no podia ser mas interesante, mas imponente ni mas fantástico. Ajem habia acudido de los primeros, seguido de algunos musulmanes del pais, personas las mas influyentes entre ellos, y habia penetrado en la cueva, en la que pronto se vió brillar una hoguera que era la señal convenida para que aligerasen el paso los que por diferentes caminos se dirigian á aquel punto.

Los musulmanes que rodeaban á Ajem comenzaron á dar señales de impaciencia al ver que trascurrían las horas sin ver aparecer á Zelim-Almanzor. Tambien en el rostro severo de Ajem se notaron señales de disgusto. Mucho tarda el príncipe! se atrevió á decir uno de los que estaban mas cerca de su Mentor. —No es extraño. Los caminos son bien malos.

—Sin embargo, el pueblo nó dista mucho de aqui, y si los astros no me engañan, debe ser mas de media noche.

Ajem se estremeció, pues nó creia que estaban en hora tan avanzada. El príncipe le habia dicho que á las once estaria en la Cueva del Lobo, y la hora trascurrida le hizo pensar en si alguna nueva catástrofe le habria impedido el acudir con la exactitud que el caso requería; pero luego se acordó de que la noble cristiana le habria entretenido, y no le causó asombro aquella tardanza. Sin embargo, la palidez que cubrió su semblante y la contraccion que agitó sus lábios indicaban la rabia que esta última consideracion le habia producido.

—¿Quieres que salgamos á buscarle? preguntó otro de los que estaban al lado de Ajem.

—No, nó; esperemos algo mas, contestó este.

—Acaso nó habrá tenido en cuenta el que le acompañase algun habitante de este pais, y en ese caso es muy posible que ande perdido por esas montañas sin poder dar con nosotros.

—Tal vez sea así, dijo Ajem; complaciéndose en ver como interpretaba el montañés la tardanza de Zelim-Almanzor; pero esperemos media hora mas.

No bien habia acabado de decir esto el docto musulman,

se oyó por la parte de afuera un sordo rumor que al principio le obligó á temblar, pero que muy pronto le hizo comprender que era producido por la llegada del príncipe. El rumor aumentó rápidamente, penetró hasta en la cueva, y se oyeron los gritos de ¡viva Zelim-Almanzor! con los cuales sus partidarios manifestaron la alegría que sintieron al ver entre ellos á su caudillo.

Zelim-Almanzor con paso firme y marcial continente entró en la Cueva del Lobo, seguido de los que le habían estado esperando en el valle. Entre aquel grupo de hombres de formas atléticas y de rostros feroces que invadió la cueva siguiendo al príncipe, se veía uno que caminaba al lado de este, cual si fuera un amigo, y que ocultaba debajo de su alquicel, calzon de paño y ropilla de estameña. Aquel hombre era Farax. Farax que, como ya sabe el lector, vestía el traje de los cristianos y pasaba por tal en los alrededores de Valencia. Sin embargo, el astuto morisco se había proporcionado un alquicel y turbante en Tales para no causar mal efecto con su vestimenta cristiana entre los habitantes de Espadan, que como hemos dicho conservaban con igual pureza sus trages y sus costumbres árabes.

El príncipe se colocó en una pequeña eminencia, desde cuyo punto dominaba á su auditorio, y Ajem y los gefes montañeses que estaban á su lado le rodearon como personas de influencia y de prestigio.

Farax era mas modesto y no se presentó, como pudiera haberlo hecho, entre los que auxiliaban al príncipe á ocupar un lugar, que á nadie mas que á él correspondia, por los muchos é interesantes servicios que habia prestado á la causa que todos se hallaban dispuestos á defender, y se colocó entre los que allí formaban la plebe de los conspiradores.

La voz robusta y solemne de Ajem impuso silencio, y fue tan profundo el que reinó apenas se dejó oír la voz del que lo imponía, que cualquiera hubiera dudado si habia gente en el interior de la cueva.

Zelim-Almanzor, juzgando que era llegado el momento de dirigir la palabra á sus fieles partidarios, les habló de esta manera:

«Algunos de los que en este momento me rodean, me conocen perfectamente y saben cuales son mis proyectos y mis esperanzas; pero esto me parecia poco y he querido reunirlos aqui esta noche para que todos sepais lo mismo antes de enarbolar la bandera de la independenciam.»

Estas palabras, pronunciadas con energía, resonaron agradablemente en el auditorio, y sus muestras de satisfaccion revelaron al príncipe que un breve exordio habia producido buena impresion en sus partidarios de Espadan.

«Todos sabeis, añadió Zelim-Almanzor, que desciendo de una familia que reinó en Valencia durante algunos siglos. Mi raza es tan antigua como el Africa, de donde salieron mis antepasados para conquistar la España hace setecientos años. Aunque jóven, he combatido por mar y por tierra con los primeros soldados del mundo, á las órdenes del gran Soliman, y siempre tuve por un placer teñir mi alfange en sangre de cristianos. Mas de una vez, al oir hablar de la encantadora vega valenciana, sentí vehementes deseos de venir á reconquistar este pais, tan árido y pobre cuando llegó á poder de mis antepasados, y tan rico y tan fértil cuando quedó bajo el dominio de Jaime de Aragon. Muchas veces soñó mi fantasía que la victoria me habia elevado al trono que ocuparon mis ascendientes, pero la amarga realidad tiraba bien pronto por tierra el dorado castillo de mis ilusiones, haciéndome ver mi impotencia y recordándome la proscripcion de mi familia. Sin embargo, en mi corazon vivia fija é inmarchitable la esperanza de poder un dia lograr mis deseos sacando á este puebló de la esclavitud en que gemia. Ella me impulsó á pedir auxilios á los reyes de Fez y de Argel: ella me hizo buscar á los musulmanes valencianos proscriptos en Africa, y no tardaron estos, á fuer de buenos patriotas, en ponerse á mis órdenes. Los reyes de Argel y de Fez me ofrecieron su apoyo en cambio del que en otras ocasiones habian recibido sus ascendientes de los reyes moros de Valencia. Seguro en el apoyo del Africa, y rodeado de algunos capitanes experimentados en la guerra y de casi todos los proscriptos valencianos que vagaban errantes por sus

abrasadas arenas, crucé el Mediterráneo y llegué á Valencia. Mis hermanos, oprimidos bárbaramente, regaban con lágrimas amargas el suelo donde habian nacido, y las cadenas con que eran sujetados. Mi llegada á este país coincidió por el decreto que acababa de expedir Carlos V, el cual les obligaba á abandonar la religion de sus antepasados confirmando las conversiones violentas hechas en la guerra de los agermanados.... Abandonar la religion..... ¡vergonzosa propuesta! Comprar la paz entregando en cambio su fé y sus creencias les pareció demasiado, y la indignacion y la rabia ha hecho que todos se agrupen á la sombra de mi bandera liberticida, prometiendo morir agarrados á ella antes que abjurar de sus creencias. En aquellos momentos de ira y de entusiasmo un desgraciado suceso vino á hacerles dudar del éxito de la guerra en que habian pensado todos. Los esbirros del Santo Oficio se apoderaron de mí, y tres dias pasé en uno de sus mas hediondos calabozos lamentando la horrible catástrofe con que la Providencia pareció querer frustrar mis esperanzas. Al cuarto dia una muger misteriosa abrió las puertas de la Inquisicion y me ofreció la libertad para venir á estas ásperas montañas á dar el primer grito de independencia, grito que pronto resonará en la llanura y en los reinos de Aragon y de Cataluña.

— ¡Guerra! ¡guerra á los cristianos! gritaron todos no pudiendo contener su emocion.

— ¡Guerra á muerte!

— ¡No haya perdon para ninguno!

— ¡Ni para las mugéres!

— ¡Incendicaremos sus pueblos y sus ciudades!

— ¡Silencio! ¡silencio! gritó Ajem, que comprendió que aquellas voces de venganza y de esterminio no sonaban bien en los oidos del que acababa de hablar.

«El príncipe desea continuar, dijo Ajem, y volvió á reinar un religioso silencio.»

— Desde mañana, exclamó Zelim-Almanzor, el estandarte de la rebellion ondeará en las elevadas crestas de estas montañas. El derecho que os asiste para armaros en contra del cris-